

1940-1941

Universidad de Valladolid

DISCURSO DE APERTURA

(CURSO DE 1940-1941)

LA COYUNTURA
DE ESPAÑA

POR

D. MANUEL FERRANDIS TORRES

CATEDRÁTICO DE HISTORIA DE ESPAÑA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA

9



Talleres Tipográficos «CUESTA»

Macías Picavea, 20

1940

DISCURSO

LEÍDO EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALLADOLID

EN LA SOLEMNE APERTURA DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1940 A 1941

Disc. Apert. UVA 40/41 BiCe



5>0 0 0 0 4 0 8 0 9 7



Universidad de Valladolid

DISCURSO DE APERTURA

(CURSO DE 1940-1941)

LA COYUNTURA
DE ESPAÑA

POR

D. MANUEL FERRANDIS TORRES

CATEDRÁTICO DE HISTORIA DE ESPAÑA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA

9



Talleres Tipográficos «CUESTA»

Macías Picavea, 20

1940

Señor:

En estos momentos solemnes de nuestra vida universitaria, nada podía llenarnos de tan íntima satisfacción como el veros entre nosotros, dirigiendo y estimulando nuestra labor. Sean las primeras palabras académicas del curso 1940-41, la expresión emocionada de la más firme devoción hacia la persona de V. E., guía y norte de los destinos de España.



Y sea también nuestra cordial bienvenida y sincera adhesión para nuestro ilustre Jefe, el Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, en cuyas manos, firmes y seguras, se gesta el resurgir de la Universidad española.

Excelentísimo Señor Rector:

Excelentísimos e Ilustrísimos Señores:

Señoras y Señores:

Una vez más, en cumplimiento de un rito tradicional, se verifica en las Universidades españolas la solemne apertura de un curso académico; una vez más, en cada uno de los Paraninfos universitarios se dispone el claustal correspondiente a leer el discurso inaugural, que será unas veces exponente de la labor realizada y aparecerá otras como orientación de una futura labor... y una vez más, tras las palabras de rigor, volverán a animarse los claustros y a poblarse las cátedras de esa eterna y bulliciosa juventud que busca la solución de un mañana en un presente lleno de ilusiones y optimismos.

Una vez más se cumple un rito docente y una vez más se abre un curso académico, pero han sido demasiado hondas las cosas que han ocurrido en España, son demasiado trascendentales las horas por que atraviesa la Humanidad entera, para que podamos ahora conformarnos con decir que se cumple este solemne acto *una vez más*. Si sólo hiciéramos esto, si nos limitáramos tan sólo a repetir, con toda la brillantez, con toda la solemnidad que se quiera, pero a repetir simplemente

una ceremonia universitaria, demostraríamos no haber comprendido todavía el significado del Alzamiento nacional de 1936; apareceríamos como factores discordantes y anacrónicos en el proceso de reconstrucción nacional y seríamos indignos de llamarnos sucesores de aquellos que dieron su sangre y su vida por una España mejor. En la solemnidad tradicional que aquí nos congrega, como en cualquiera otra manifestación de la actividad nacional, debe sentirse palpitar en un vigoroso primer plano la inquietud espiritual de los precursores del Movimiento, el esfuerzo generoso de sus héroes, la llamada constante de sus mártires; debe aparecer en todo momento el impulso de los nuevos modos, del alma nueva de España; debe surgir como una constante espiritual la preocupación intensa por los días que han de venir. Y ese futuro de nuestra Patria, ese mañana incógnito y decisivo que ha de ser el fruto de nosotros mismos, no correspondería a los sacrificios realizados, si sólo nos preocupáramos de repetir cómoda e inconscientemente los actos marcados por el índice inexorable del tiempo. Hay que hacer más; hay que mantener en vibración continua la tensión de nuestro espíritu; hay que impregnar de un estado de alerta vigilante hasta los actos mecánicos de nuestra vida; hay que darse cuenta, sencillamente, del volumen y significación de lo que en España ha pasado y demostrar día por día y a todas horas que las mismas energías raciales que se pusieron en pie para romper un pasado, se mantienen despiertas y marchan a toda vela para forjar un porvenir.

Y no se crea que la puesta en marcha de los destinos de España debe corresponder de un modo exclusivo o preferente a las instituciones nuevas y que es más apropiado el limitarse a mirar sosegadamente hacia atrás en aquellos actos en que, como el que aquí nos reúne, se

responde a un hondo sentir tradicional. ¡Qué error más profundo sería el de los que así pensasen! Paralizar la tradición, detenerla en un punto caprichoso, reducirla a la reconstrucción de añejos tiempos o a la imitación de viejos modelos..., eso es anularla, falsificarla, destruirla. La tradición es dinámica, inquieta y, si es preciso, revolucionaria; llena los períodos de más intensa vida en nuestro glorioso pasado; se planteaba y acometía valientemente problemas de índole universal; y precisamente por la multiplicidad de su actuación, por su constante inquietud espiritual, pudo dejarnos perfectamente contrastados y sin confusión posible el magnífico tesoro de los valores eternos de nuestro modo de ser. Obrar en tradicional será, por lo tanto, recoger esas esencias depuradas del alma española, ponerlas de nuevo en marcha, actuar con ellas dinámicamente, como lo haría un español del siglo XVI, afrontando los problemas contemporáneos, mirando siempre adelante, forjando días de gloria y amasando para el futuro nuevos tesoros de tradición, con la energía y firmeza del que se sabe en posesión de la verdad.

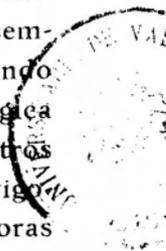
¿Queréis que recordemos como joyas tradicionales aquellos siglos del medievo en que se formaban los reinos de Castilla y Aragón? Pues nunca se luchó tanto en nuestro suelo, nunca se dieron disposiciones tan radicales, nunca se movieron tanto los espíritus para la guerra y para la paz, como en aquellos ocho siglos de Reconquista, en los que la misma tensión desbordaba a padres e hijos, a generaciones y generaciones, en pos de un ideal de reconstrucción nacional. ¿Queréis que evocemos el modelo incontrovertible de la tradición española, la actuación providencial de los Reyes Católicos? Pues nunca fué España tan dinámica y tan revolucionaria; las medidas sociales y políticas, económicas y religiosas,

causaban espanto en los espíritus pusilánimes; las empresas guerreras, peninsulares y europeas, parecían inaccesibles para las fuerzas de España: las hazañas viajeras y ultramarinas semejabán páginas de leyenda; y, sin embargo, era tan sólo la tradición española, que se estaba formando; eran las energías raciales, que estaban actuando; era el desbordamiento del alma nacional, que estaba contrastando la pureza de su destino universal en el momento más dinámico de la vida de la Humanidad. Y si esto hicieron entonces los Reyes Católicos, los tradicionales Reyes Católicos, ¿qué no harían en nuestros días tan necesitados de reforma, en estos momentos tan semejantes a aquéllos, en los que, también se ha roto un largo proceso de decadencia y existe un ansia infinita de renovación integral? No es estática la tradición, ni puede limitarse a la contemplación romántica del pasado. Bien lo ha demostrado con su intervención heroica en la Cruzada nacional; bien ha sabido mezclar la sangre de los que resucitaban los símbolos de ayer con la de los que ostentaban los nuevos emblemas del resurgir español, bien ha vuelto a marchar con paso firme y gesto decidido por la ruta difícil del destino imperial. Y si lo ha demostrado en la guerra, bien sabrá demostrarlo en la paz inyectando torrentes de solera hispana en los nuevos cauces de la vida nacional.

No se diga, pues, que no es preciso llevar a estos actos tradicionales la oleada vivificadora de la Nueva España, cuando es precisamente en lo que tienen de tradición donde encontrarán las más ricas sugerencias para una feliz transformación. Recordemos con nuestra ceremonia universitaria las de aquellos centros docentes de nuestro glorioso siglo XVI; vestimos trajes que rememoran los de aquellos profesores españoles que explicaban en todas las aulas del mundo; leemos discursos que aspiran a ser

continuación de los de aquellos claustrales de Salamanca y Alcalá; pues bien, saturémonos también del espíritu y ambiente de aquellos antepasados nuestros, sintamos a España con orgullo, expongamos nuestras ideas con independencia, propugnemos sin ambages nuestra fe. Hagamos de cada uno de nuestros actos un problema nacional, vivamos con la preocupación constante de nuestra propia responsabilidad y arraiguemos en lo profundo de nuestra alma la llamada angustiada del instante crítico en que nos toca actuar. Sólo así, con el estímulo de nuestros antepasados y con el acicate de los que nos han de suceder, cesará la muelle repetición de los hechos previstos, se romperán los raíles que conducen siempre por el mismo camino y serán las alas libres del espíritu español las que marquen los nuevos rumbos de la nave nacional.

Pero todo ello será el resultado natural de un esfuerzo gigantesco y es ahora, precisamente ahora, sin pérdida de un solo minuto, cuando ese esfuerzo se debe realizar. No nos cansaremos jamás de repetirlo y nunca nos excederemos en esta machacona repetición: vivimos en el momento más crítico de nuestra Historia, en una situación sin precedentes, en un cruce definitivo de nuestra vida nacional. Si miramos hacia atrás, sólo podremos evocar como semejantes —salvando la distancia del tiempo y la complicación de los problemas modernos—, los últimos años del siglo XV y los primeros del XIX, y aun estos dos fueron de trayectoria tan divergente, que mientras el primero emprendía la ruta de la verdad y desembocaba en el ancho horizonte del siglo de oro, el segundo se desviaba por el camino del error y acentuaba la trágica mueca de la decadencia española. Si dirigimos nuestros ojos hacia adelante y nos acompaña el empuje vigoroso de la España renaciente, vislumbraremos auroras



de Imperio, victorias del espíritu que se sabe guardado por fuerte y poderoso brazo; pero si sufrimos aún el tóxico de los años tristes, si nos siguen la incomprensión o la mala fe, entonces sólo veremos panoramas de servidumbre y abdicaciones y vergüenzas por doquier. Sea atrás o adelante donde volvamos la vista, las rutas divergentes de los destinos de los pueblos se nos ofrecerán con toda precisión y nos veremos a nosotros mismos en el punto de arranque, en el ángulo que separa los dos caminos, en el punto de intersección para el bien o para el mal.

Gran momento histórico el que nos envuelve; puede ser, debe ser, mejor dicho, el momento de la reconciliación de España con su propio destino. Los siglos que pasaron, tan evocados en las angustias del peligro de muerte, nos excitan a un profundo examen de conciencia; los siglos que han de venir, tan anhelados en el corazón de los héroes y mártires, nos exigen un firmísimo propósito de no volver atrás; los días que vivimos, tan azarosos e inquietos, tan llenos de problemas e interrogantes, nos piden el sacrificio de nuestra generación. Y esta generación que ya dió lo mejor, que sólo necesita continuar el esfuerzo realizado, debe entregarse por entero a explotar en beneficio de España la magnífica oportunidad que la Providencia la encomendó.

Ved por qué os decía al principio que no tenemos derecho a realizar nada que sea simple repetición de un acto anterior. Que lo mismo si consideramos esta ceremonia de apertura como una solemne evocación de glorias pasadas, que si la juzgamos programa de arranque para una labor a realizar, debemos enarbolar en vanguardia la bandera de nuestra renovación; que es incompatible la gravedad de estos momentos con el *una vez más*, y que es preciso emprender el camino difícil con plena conciencia de nuestra responsabilidad.

Respondiendo a esta perspectiva de acción y de inquietud espiritual, no hemos querido desarrollar ante vosotros una monografía histórica o un profundo tema de investigación; no hemos intentado movilizar en vuestro honor los legajos de los Archivos ni los fondos de nuestras Bibliotecas y Seminarios; esa hubiera sido una labor demasiado analítica, demasiado retrospectiva, que podrá hacerse en cualquier otro momento más ceñido con nuestra profesión, pero que no concuerda con el sentido inquieto, palpitante y dinámico que debe ser nuestro inspirador en la actual situación. Vamos, por lo tanto, a seguir una trayectoria distinta, a interrogar al elemento vivo en la Historia, a analizar el momento actual desde el punto de vista histórico, como si estuviese ya muy alejado de nosotros y se nos ofreciese en adecuada perspectiva, para meditar serenamente sobre su significación en la historia patria. Y de estas reflexiones de índole exclusivamente histórica, de este capítulo de Historia contemporánea, en el que hemos de elevarnos por encima de las minucias y arañazos de la vida cotidiana, en el que hemos de prescindir de personalismos y pequeñeces temporales, surgirá la convicción de la trascendental disyuntiva en que se halla la vida nacional y la necesidad de que aportemos todo nuestro total esfuerzo para su favorable resolución. Es por esto por lo que se ha dado a estas mal pergeñadas líneas el título que mejor puede expresar su intención:

LA COYUNTURA DE ESPAÑA

La coyuntura de España

Nadie desconoce que en la vida de los individuos, como en la de los pueblos, se dan períodos críticos, de diversa duración e intensidad, en los que las defensas naturales del organismo, sea humano o social, se multiplican en actividad arrolladora contra los agentes perniciosos y extraños. La vida de la Humanidad ha sufrido los mismos períodos de crisis, en los que los avances materiales y espirituales de varios siglos parecían prontos a aniquilarse entre oleadas de sangre y exterminio. Pero si la supervivencia del género humano puede considerarse como garantizada hasta el momento en que se cumplan los designios del Creador, la vida de los pueblos, como la de los individuos, está a merced de contingencias temporales y pueden fácilmente debilitarse o morir. Hubo un momento en la existencia del hombre en que no se comprendía la existencia simultánea e independiente de varios pueblos; siempre surgía uno, más fuerte o más oportuno que los demás, que se erigía en conquistador absoluto y sometía a todos los civilizados a su obediencia y sumisión. Es la época de los grandes imperios orientales, de Egipto, de Asiria, de Persia, de Grecia. Cada uno de ellos, viéndose señor indiscutible de todo lo conocido, se creería en posesión del don de la eternidad y consideraría su propia existencia como esencial a la vida de la

UNIVER

Humanidad. Y, sin embargo, todos murieron, todos fueron desapareciendo sucesivamente y sólo ruinas venerables, montones de escombros o restos calcinados nos hablan ahora de aquel pretérito y fastuoso poder. Hubo otro momento en la vida de los humanos en que regiones extensas de la corteza terrestre se ofrecían a la mirada del nómada con exuberancia agreste y salvaje, en pleno triunfo de las fuerzas de la Naturaleza, y son hoy populosos centros urbanos, pueblos fuertes y ambiciosos, núcleos de refinada civilización. Son muchos los pueblos que la Historia ha enterrado y no son menos los que se hallan en edad juvenil, pero no faltan tampoco —aunque éstos sean los menos— los pueblos de inagotable vitalidad, de supervivencia continuada y persistente, vencedores absolutos del tiempo y testigos de todas las evoluciones de la Humanidad. Entre ellos, en lugar preferente, con acusados rasgos de su destino universal, se halla ESPAÑA.

País antiqüísimo en la evolución humana, colocado por la mano de Dios en el lugar preferente del teatro de la civilización, dotado de la forma peninsular que la caracteriza y define con precisión geográfica, España da sus primeros aldabonazos en la Historia Universal apenas en la aurora del espíritu humano se dan las primeras manifestaciones de expresión al exterior; las pinturas de Altamira, maravilla del mundo entero, clarín precursor de lo que el alma hispana sería capaz de dar en el campo infinito del arte, es el primer testigo de un tesoro espiritual que ya nada ni nadie podrían destruir. A partir de entonces sólo ha pedido España libertad de expresión, facilidad de desenvolvimiento y campos de expansión, que a ella la sobran energías y originalidad, contenido y empuje suficiente para poner en cada una de sus actuaciones el sello inconfundible de su auténtica

personalidad. A través de fenicios y griegos, de cartagineses y romanos, de visigodos y musulmanes, ella seguía siempre la misma, desarrollando cada vez más su maravilloso poder de asimilación e imprimiendo en cada uno de los sucesivos invasores las huellas profundas e imborrables del espíritu español. Y así vemos, que si la España romana recogía y difundía la cultura encerrada en la ciudad imperial y llegaban a salir de nuestro suelo filósofos y retóricos, Emperadores y Papas, la España visigoda mostraba con San Isidoro la más excelsa figura de la Iglesia medieval y la España árabe ofrecía en los rientes campos andaluces la más bella conjunción del espíritu hispano con la fantasía oriental.

En todo ese largo período que pudiera llamarse de formación, en todos esos siglos anteriores al xv en los que se van amalgamando los factores de la nacionalidad, el alma española se pule y define, perfila sus características esenciales, vigoriza los resortes de su raza y alcanza la madurez espiritual. ¿Cómo nos ha de extrañar la floración rápida y decisiva en aquel período que inician los Reyes Católicos? El brazo español se hallaba bien templado a través de ocho siglos de continuo pelear; las energías acumuladas encontraban pequeños los límites del ámbito nacional; la fuerza expansiva de la fe pedía tierras lejanas y corazones nuevos que evangelizar; la inquietud espiritual planteaba tesis filosóficas y problemas jurídicos o cantaba la exaltación espléndida de aquel ambiente creador en obras eternas de la literatura universal. Era la explosión magnífica y total de un pueblo que se había encontrado a sí mismo, precisamente en el momento más oportuno para hacer fecunda su actividad; era la coincidencia de una llamarada interior y de una oportunidad providencial; era la primera gran coyuntura que ofrecía Dios al desarrollo del pueblo español.

¡Y qué bien supieron aprovecharla nuestros antepasados! Fueron primero los Reyes: el amor a la independencia triunfante en Fernando e Isabel, los monarcas de la unidad, los que marcaron el rumbo a seguir; el afán universalista floreciente en Carlos, el monarca de Europa, el capitán victorioso de los tercios españoles; el espíritu de religiosidad en Felipe, el campeón de la Fe, el más auténtico símbolo del alma nacional. Y fueron después los nobles y los militares, los universitarios y los religiosos, los poetas y los prosistas. Fué también el pueblo entero, el que sintiéndose identificado con sus gobernantes, viendo interpretados y recogidos sus ideales, considerándose copartícipe y colaborador en el resurgir nacional, se desbordó en santo orgullo de Hispanidad y escribió las páginas imborrables de nuestra historia imperial. Y de una España fraccionada y débil, desorientada y anarquizante, surgió el Imperio más poderoso de los tiempos modernos: más de un siglo de supremacía política, dos siglos de supremacía intelectual, el lenguaje de Castilla desparramado por el mundo entero y la roja semilla de la sangre hispana floreciendo al sol de todos los meridianos. ¡Fecunda cosecha de una bella oportunidad en la que nada aprovechable se llegó a desperdiciar!

Mas pasaron los años, se paralizó aquel esfuerzo agotador, actuaron manos débiles que no pudieron soportar el peso de la corona española y fué un nuevo país el que encontró la coyuntura favorable y heredó aquel predominio que hasta entonces había sido español. En el siglo XVIII, el siglo de la influencia francesa en la Corte y en la política, en el lenguaje y en las costumbres, el que enmascara nuestra personalidad y adormece nuestros resortes raciales, el que nos transforma en satélite de la vecina nación y practica la original travesura de los

Pactos de familia, en los que a un contratante le correspondía exigir y sólo le quedaba al otro la solución de pagar. La sumisión hispana a la política francesa alcanzó límites inconcebibles; Reyes y favoritos colocaban el destino de nuestra Patria en manos de la vecina nación; y cuando surgió aquel coloso militar y político que soñó con el reinado de Europa, cuando las victorias de Napoleón trastrocaban reinos y coronas y tenían atemorizados a Príncipes y Soberanos, cuando mayor y más vergonzosa fué la humillación de los gobernantes españoles, el pueblo de Castilla y de Levante, el del Cantábrico y el de Andalucía, aquel pueblo resignado y sufrido que había callado durante más de un siglo, estalló en sagrado grito de rebeldía e independencia y fué ejemplo para el mundo en su lucha contra el invasor.

De nuevo se le ofrecía a España la coyuntura providencial. Con el alma puesta en pie, despiertas las adormecidas energías, estremecidos de patriotismo ante el ideal santo de independencia, los españoles lucharon sin distinción de sexo ni condición, derrocharon heroísmos y sacrificios, renovaron sus glorias legendarias y, sin monarca, sin organización y sin medios, supieron humillar las águilas napoleónicas en Bailén, deslumbrar al mundo con las defensas de Gerona y Zaragoza y arrojar de su suelo hasta la última huella del ejército invasor. Oportunidad magnífica para la historia española. Se había demostrado la vulnerabilidad de Napoleón, se había iniciado su decadencia, se mostraba a Europa el camino a seguir y se podían exigir los derechos del primer vencedor. Era España la primera que rompía con el siglo XVIII y debía haber sido la primera en recoger los frutos de esta ruptura con la recuperación plena de su personalidad.

Pero volvieron aquellos monarcas del destierro, débiles e irresolutos; se perdió en los devaneos políticos

la independencia que se había logrado con la fuerza de las armas; se infiltraron las ideas extranjeras con el disfraz de un liberalismo discordante con el alma nacional... y aquella magnífica coyuntura de 1808 quedó reducida a la brillante llamarada del heroísmo español! ¡Bien caro hemos pagado el no haber sabido aprovechar aquella ocasión! Nuestra decadencia se acentuó rápidamente. En el Congreso de Viena, el encargado de establecer el orden post-napoleónico, apenas si se escucha la apagada voz de Labrador, representante de la primera nación que derrotó al vencedor de Europa. Nuestra categoría internacional se extingue; se desvanece el Imperio; las naciones poderosas intervienen en nuestros asuntos interiores, y mientras se adormecen más y más las energías raciales, se vive la triste y estéril vida de la lucha civil de la indigestión política, y se sufre la infiltración venenosa de las más perniciosas doctrinas exóticas.

A medida que avanza el siglo xx los síntomas de descomposición son más graves. La pérdida de los últimos florones de la corona imperial produce una oleada de pesimismo y desilusión; las frases derrotistas y anti-españolas se propagan entre la juventud, los conflictos internos se acentúan, la propaganda extranjera actúa ya sin rebozo y nuestra Patria parece la víctima propiciatoria de las apetencias internacionales. No éramos ya el hombre enfermo del Oriente europeo, sino el hombre muerto de Occidente. Ya estaban en nuestro suelo y ya manejaban las riendas del Poder los mismos que nos habían de entregar. Se perseguía sin descanso todo lo que significaba raigambre hispana: la fe profunda del pueblo español, el espíritu de disciplina militar, los lazos familiares, el concepto de Patria, todo lo que constituía el íntimo tesoro del alma nacional. Y a cambio de ello, ¡qué deliciosas novedades se propagaban por doquier!

el inconcebible separatismo, crimen de lesa Patria; el emponzoñado comunismo, aniquilador de la personalidad; el más desenfrenado ateísmo, destructor del espíritu; el internacionalismo, la masonería, el judaísmo... La máscara que envolvía a España había llegado a su grado máximo de evolución. Sólo se mostraba lo más antitético, lo más incompatible con la auténtica esencia hispana. Ya no era la tierra de los héroes y los mártires, la cargada de tradición, la del destino universal; era el juguete de extraños poderes y sólo un milagro la podía salvar. Pero la misericordia de Dios no podía abandonar al pueblo que propagó su fe por mares y continentes, y el milagro se realizó.

El Alzamiento Nacional de 1936, la guerra liberadora iniciada por nuestro providencial Caudillo y conducida por él hasta la total y definitiva victoria, abre ante nosotros la más difícil y la más decisiva de las coyunturas de nuestra Patria. La más difícil, porque ha surgido del más grave de los peligros pasados, porque ha nacido entre torrentes de sangre, porque exige en todos una radical transformación; la más decisiva, porque no se limita a nosotros tan sólo, porque es preciso salir al mundo y el mundo entero está también en plena crisis de evolución, porque se anuncia la aurora de un nuevo orden entre los países civilizados y ha sido España la que dió los aldabonazos de la iniciación. Por tercera, y quizá por última vez, se presenta ante España la gran disyuntiva en que ha de decidirse su porvenir; por tercera, y quizá por última vez, se rompe un largo proceso de decadencia con la violenta sacudida que puede hacer posible su regeneración.

En esta ocasión somos nosotros los responsables, los que hemos de decidir, los que hemos de ser juzgados por nuestros sucesores con la inexorable justicia de la

Historia, con la misma objetividad con que juzgamos la actuación de nuestros antepasados. Y entonces no se tendrán en cuenta menguados egoísmos ni rencillas personales, no valdrán los argumentos de ocasión ni las razones de portería; entonces se verá tan sólo la situación alcanzada por la España del 36, los elementos con que contaba la generación que la conoció y las aportaciones logradas por esta generación en el destino español. ¿Puede haber entre nosotros quien considere lícito el inhibirse de esta responsabilidad histórica? ¿Puede alguien considerar insuficientes los elementos constructivos derrochados por nuestra Patria en su cruzada de liberación? ¿Es que hay alguno que sienta flaquear su fe en el destino universal de España y considere inaccesible la labor a realizar? También parecía imposible el despertar vibrante del pueblo adormecido, y el sacrificio heroico de una juventud que aparentaba frivolidad, y la emulación triunfante de legendarias proezas, y la incorporación activa al concierto internacional. Y todo eso se hizo, a pesar de los escépticos, a pesar de los apocados, a pesar de los engañados; todo eso se hizo y sólo fué el preludeo de lo que se tiene que hacer.

La guerra de 1936 fué la base imprescindible para la providencial coyuntura del día de hoy. Al conjuro mágico de la voz del Caudillo la España auténtica, la desplazada, la perseguida, sintió en lo más hondo de sus entrañas la llamada irresistible de la raza, vibraron ancestrales impulsos, se removieron las energías aletargadas, y una vez más, como en los mejores tiempos, respondiendo a las seculares directrices de su Historia, el alma nacional desbordada arrolló a los enemigos que la encadenaban y supo mostrarse al mundo en su genuina personalidad. Siglos hacía que no se emprendía en nuestra Patria una empresa tan hondamente española como la guerra de

liberación. No sólo por lo que representaba de oposición a la trágica mascarada de la anti-España, sino por sus valores positivos, por su identificación con las esencias raciales, por lo que significaba de propia recuperación.

Era un grito de independencia, el más angustioso de nuestro pasado. De independencia material contra el malvado separatismo, de independencia espiritual contra doctrinas extrañas. Reflejaba el mismo amor a la independencia que hizo glorioso a Sagunto contra los cartagineses, a Numancia contra los romanos y a Gerona o Zaragoza contra las tropas de Napoleón. Respondía al deseo de reconquistar el cuerpo nacional, como lo habían reconquistado los Reyes Católicos, y de recuperar el alma nacional, como la recuperó Felipe II. Era la reaparición del espíritu militar, la confirmación del heroísmo español, la rehabilitación de los sucesores del Gran Capitán.

Fué también una llamarada de universalidad. Durante los años de la cruenta lucha fué España la necesaria válvula de escape para retrasar el irremediable encuentro entre los dos principios antagónicos que iban minando la paz del mundo; todo el ambiente europeo estuvo pendiente de la guerra española y, entre la simpatía de unas naciones y el recelo de otras, nuestra Patria volvía a colocarse en el primer plano de la actualidad mundial, nuestras hazañas encabezaban las primeras páginas de los periódicos de todos los idiomas y obteníamos de nuevo la prestancia universal que durante tiempo se nos negó. La España universalista de las cuevas de Altamira y la Dama de Elche, la de los Séneca y San Isidoro, la del descubrimiento de América y la primera vuelta al mundo, la de Pavía, San Quintín y Mühlberg, la directora en Lepanto, la inspiradora en Trento, la vencedora en Bailén, volvió a tener al mundo entero suspenso de

admiración, palpitante de ansiedad, ante la gesta sobrehumana del Alcázar de Toledo.

Y por si algo nos faltara para considerar nuestro Alzamiento como el más puro símbolo del alma nacional, bastaría con realzar el acendrado espíritu religioso de que se vió imbuido desde el primer momento de su iniciación. La profunda religiosidad del pueblo español, jamás desmentida ni atenuada; aquella exaltación de la Fe que tiene sus cimientos en Santiago de Compostela y en el Santuario del Pilar; aquel impulso espiritual que nos hacía vencer en las Navas de Tolosa y en Granada, que nos enfrentaba en todas partes con la herejía, que creaba las figuras excelsas de un San Ignacio de Loyola y un San Francisco Javier, que inspiraba nuestras leyes y nuestra literatura y llenaba nuestros Museos y Catedrales de las más puras manifestaciones artísticas, no podía someterse a las deformaciones y persecuciones de los enemigos de España y estalló en oleadas de santa indignación, cubriendo de sangre de mártires todos los rincones del suelo español.

Todo cuanto significa valor positivo de la madre España, todo cuanto responde a nuestro sentir tradicional, todo cuanto era resorte, impulso, directriz auténtica del temperamento español, encontró en la llamada del Caudillo la ocasión oportuna que la Providencia señaló. Y tras él, con el deslumbramiento de lo que ya se podía adivinar, se llegó a la victoria, a la rectificación de una decadencia secular, a la ruptura de cadenas y de máscaras, a la recuperación de la propia personalidad. Inmenso ha sido el sacrificio y dolorosas las pérdidas, pero ellas hicieron posible la primera parte del milagro y son hoy la prenda más segura de su total realización. Han hecho lo más difícil, han roto la inercia suicida, han demostrado que se mantenían intactos los valores raciales, han muerto por

una España mejor y ellos serían los primeros, sin esperar a la posteridad, que nos pedirían cuenta de la malograda coyuntura.

Ahora nos toca a nosotros y es en la paz donde debe traducirse en realidades esta histórica oportunidad. Nada nos falta ni tenemos excusa para vacilar. Tenemos jefe: el que fué centinela vigilante de las angustias de España, el General de la fe y del tesón, el Caudillo de la victoria, el Generalísimo Franco. Tenemos hombres, que supieron dar su sangre en los azares de la guerra y sabrán dar su esfuerzo en las tareas de la paz. Tenemos el espíritu tenso y la moral del vencedor, conocemos el sacrificio y el dolor; tenemos una Patria que está anhelando su transformación, que pide tan sólo que se ocupen de ella con la mira puesta en su propio destino; y tenemos un mundo que nos contempla expectante, pues ya se ha dado cuenta de que ha de oirse nuestra voz.

De nosotros depende la rápida y perfecta sincronización de tan decisivos factores para la vida nacional. Es preciso que comencemos todos, altos y bajos, hombres y mujeres, por reflexionar repetidas veces sobre la ingente empresa que acabamos de realizar. Ante su significado, ante lo que representa para nuestra vida material y espiritual, ante las posibilidades que abre en nuestro porvenir, todos los personalismos y pequeñeces, todos los rasguños superficiales, todos los problemas de barrio, deben inmediatamente desaparecer como lastre inútil y perjudicial. Y una vez con el alma limpia, cuando ya nos consideremos copartícipes del futuro español y sintamos el orgullo de haber nacido en España y anhelemos dejar a nuestros sucesores la Patria con que soñaron los que por ella murieron, fácil nos será seguir el buen camino de los dos que se abren hoy a nuestra actuación.

Y haremos realidad nuestro escudo imperial.

Haremos la España UNA, con unidad material como no se podía soñar desde principios del siglo XVIII, no sólo uniendo con lazos firmes y fraternales todas las regiones de España, sino reincorporando también aquel desgraciado pedazo de nuestra carne que nos imponía una frontera meridional. Y lograremos también la unidad espiritual, la unidad en el alma, en el pensamiento, en el sentir de los españoles. Unidad política, sin partidismos, sin turnos en el Poder, sin intereses de grupo; unidad de Patria, unidad de Estado, unidad de mando. Unidad social, sin lucha de clases, sin privilegios para nadie, con justicia para todos y protección equitativa al trabajo y al capital; las hermosas palabras de nuestro Caudillo, jamás pronunciadas hasta ahora, «ni un hogar sin lumbre, ni un obrero sin pan», son la promesa más firme de un ambiente de unidad en el que ninguna puerta quedará cerrada al trabajador. Ha de haber muchos menos pobres, aunque haya muchos menos ricos; ha de mejorarse la vivienda, la remuneración, las aspiraciones de los humildes, aunque se mermen las comodidades de los poderosos; ha de garantizarse al obrero, al labrador, al pescador o al empleado que su voz será tan respetuosamente escuchada y tan justamente atendida, como pudiera serlo la del capitalista o potentado. Unidad económica, para los individuos y para las regiones, con tributación proporcionada a los ingresos, sin exenciones ni favoritismos, con protección para los productos del país y facilidad en su difusión por todos los rincones de la Patria. Unidad religiosa, sin medias tintas ni confusionismos; España es católica por esencia, recibió de su fe los grandes impulsos de sus días de gloria y vió coincidir su decadencia con la infiltración del escepticismo. Unidad de ideales, de aspiraciones, de sentimientos. Cuando todos los españoles conozcan a su Patria, cuando se consideren los

continuadores de su gloriosa historia y sientan sobre sí la responsabilidad de los momentos actuales, fácilmente olvidarán recelos y querellas particulares, nefasto residuo de una época pasada, y aspirarán tan sólo a mejorar España, a repetir los años finales del siglo XV, a corregir, como hicieron entonces los Reyes Católicos, la España maltrecha y caduca por ellos recibida, y encauzarla por derroteros de triunfo hasta las cumbres anheladas del Imperio.

Porque la primera consecuencia de la política de unidad, y de ello nos han dejado buen ejemplo aquellos inmortales monarcas de Aragón y de Castilla, será alcanzar el segundo concepto de nuestro lema heráldico: la España GRANDE. Y España, que es siempre grande por su pasado, pues ése nadie se lo puede quitar, será también grande por su presente y, sobre todo, por las posibilidades de su porvenir. Anuladas todas aquellas inclinaciones que nos hacían imitar lo extranjero, alejada la pesadilla de los partidos políticos que esterilizaban con sus divisiones y zancadillas toda iniciativa desinteresada, España podrá dedicarse serenamente a su propio estudio y contemplación, buscará en sí misma los manantiales de su energía, explotará sus propias riquezas, revalorizará sus productos, llevará a todas partes el bienestar y el optimismo, y volverá a despertar enérgicamente, con originalidad y características propias, el pensamiento y el arte español.

¡Y qué fácil será entonces realizar nuestra tercera afirmación: la España LIBRE! Primero la libertad material, la que se logra como fruto de toda guerra de independencia, la que arroja del suelo patrio al elemento extranjero que en él osó dominar, la alcanzada plenamente con el Alzamiento salvador. Después, la libertad espiritual, la más difícil de lograr, la que fracasó en la guerra de 1808,

la que exige una insobornable decisión de vencer con las armas íntimas del pensamiento y la convicción. Libertad ideológica, que puede continuar la lucha aun después de acabada la guerra material, que debe desarraigar todas las semillas perniciosas y exóticas, que necesita vencer la inercia de varios siglos de vacaciones mentales y despertar de la propia esencia española los conceptos, normas y orientaciones que fueron la fuerza de nuestros mejores días. La España libre de enemigos y libre de influencias, tendrá también la libertad de acción; soberana en su territorio y fuerte en su soberanía, nadie mediatizará sus actos, nadie la impondrá condiciones en su libre desenvolvimiento, y su voz volverá a oírse, no como eco de voces más altas, sino como expresión serena y firme de quien sabe el valor y la trascendencia del puesto que le corresponde.

¡Qué magnífica coyuntura la que se presenta ante nosotros! Porque nada de lo que hemos dicho es utópico o irrealizable, nada está fuera de nuestro alcance, nada justificaría nuestra inhibición. Y mucho menos cuando ya está todo iniciado, cuando está en marcha lo fundamental. Desde que España se puso en pie dispuesta a defender su existencia, lo hizo sin limitaciones, sin cortapisas, sin que la amilanase el camino a recorrer; derrochó heroísmo cuando hizo falta y derrocha iniciativas en los momentos de reconstrucción; rompió la inercia mortal de los años tristes que pasaron y orienta su actividad hacia los días luminosos que nos aguardan. ¡Qué diferencia entre aquel silencio sumiso y humillante del primer tercio de siglo y el lenguaje claro y terminante de nuestros días. Ya no queremos ser segundones en la familia europea, reclamamos nuestro papel en el mundo civilizado, el que corresponde a nuestra posición geográfica y a nuestra gloriosa historia. Ya no son posibles los

Congresos de Viena con la presencia estéril de un débil embajador; hoy se sale al mundo, se participa en las más trascendentales conversaciones, se plantean gallardamente nuestras reivindicaciones y suena la voz de España, serena y enérgica, en el momento más crítico de la política internacional.

Y si es favorable la oportunidad española para recuperar el rango que nunca se debió perder, aún lo es más si la consideramos desde el punto de vista nacional. Estamos pagando las consecuencias de la mala política, del envenenamiento social, del abandono de nuestras riquezas naturales; estamos sufriendo aún los efectos de una mortal desespañolización, pero son precisamente estas dificultades, estas contrariedades y deficiencias, la mayor garantía de mejoración para el día en que desaparezcan hasta los últimos rasgos de las causas que las motivaron. Con un Estado fuerte y de firme política, con una armonía perfecta entre los elementos de producción, con un aprovechamiento completo de las insospechadas reservas que nos guarda el suelo y el subsuelo español; en una palabra, con una revolución política, social y económica que transforme radicalmente los sistemas anteriores, las posibilidades de España son tan extraordinarias y privilegiadas, que las más bellas esperanzas se harían pronto realidad.

Pero es preciso que nos reformemos también nosotros mismos, que nos desprendamos del lastre amargo que pudieron dejarnos aquellos años anteriores al 36, que miremos a la nueva generación que no ha conocido la tristeza de la decadencia española y nos comprometamos a dejarles la Patria fuerte que ellos se merecen. Para todos, individual y colectivamente, son estos momentos de coyuntura decisiva. El que pecó, tiene la oportunidad del perdón. El que se engañó, puede conocer la verdad. El que

se durmió, tiene ocasión de despertar. El que desconfió, puede comenzar a creer. Lo que nadie puede hacer, lo que no es lícito ni se puede tolerar, es la inhibición, el apartamiento, el olvido de tan sagrada obligación.

Desde el cargo más elevado, hasta el más humilde obrero, todos pueden y deben colaborar en el resurgir de España, sin que les detenga la mayor o menor trascendencia que pudiera tener su actividad. Aquí mismo, en Valladolid, con la relativa importancia que puede alcanzar un problema de provincia, ofrecemos a los que nos visitan un ejemplo del nuevo obrar en nuestra propia Universidad, víctima también de la guerra, destruida cuando ya los amaneceres victoriosos saludaban a nuestras banderas, podía haber tropezado con los obstáculos y dificultades tan en uso en la vieja política. El esfuerzo continuado que la ciudad y la provincia había prestado a los soldados de España, hacía temer en un posible agotamiento, y, sin embargo, entre los muros calcinados de nuestro primer centro docente, las corporaciones y centros oficiales, las cámaras y organismos provinciales, las instituciones de todo orden y los ciudadanos en masa, aportaron su generosa y espontánea contribución, en medida superior a la esperada, como prometedor avance de la ayuda del Estado. Y hoy se nos ofrecen sus aulas nuevas y confortables, sus claustros luminosos y sus nuevos salones; y hoy es mayor la capacidad de la vieja Escuela y se complementa con el magnífico Colegio de Santa Cruz; y tiene una Biblioteca para los estudiantes que es orgullo nuestro y ejemplo para los demás; y muestra en pleno desarrollo sus Seminarios de Arte y de Letras, de Historia y de Derecho; y va a colocar la primera piedra de su Residencia escolar y tiene trazados nuevos pabellones y planeadas las reformas de Clínicas y Hospitales. Y es que también para nuestra Universidad se presentó la gran

coyuntura y desde el Excelentísimo Señor Rector hasta el último de los subalternos predominó el deseo unánime de saberla aprovechar.

Hagámoslo así como españoles y afrontaremos el juicio de la posteridad. Cuando nuestros descendientes vivan felices en la España que heredaron; cuando piensen y obren con criterio propio, con soberanía plena, con personalidad; cuando se vean fuertes y considerados, solicitados por el mundo y orgullosos de su condición de españoles; cuando las riquezas de la Patria lleguen al último rincón de su suelo y las alas de su espíritu atraviesen de nuevo tierras y mares; cuando el Imperio fraterno y espiritual de la Hispanidad sea sentido por todos los miembros de la «Gran España» en cumplimiento pleno de su destino universal..., una sola frase debe ser el resumen de nuestro paso por la historia y el galardón ansiado de los que supieron obrar: ¡Qué bien supo aprovechar España la magnífica coyuntura de 1936!